

EL ESPÍRITU,

Semanario científico-literario.

PRECIOS.

En Madrid, un mes. 4 rs.

PROVINCIAS.

Un mes. 5 id.

Este periódico se publica los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes. Se suscribe en las librerías de CUESTA, viuda de VAZQUEZ y BAILLY-BAILLIERE.

REDACCION.

Plazuela de San Miguel, número 8, cuarto principal.

SUMARIO.

LA CRÍTICA, por D. Adolfo García.—EL NAUFRAGO, por D. Emilio Nieto.—MI PORVENIR, Y YO, por D. Valentín Gomez.—LA VIRGEN DE LOS AMORES, por D. Emilio Nieto.—ROMANCE HISTÓRICO, por D. Pedro Avial.—DE AYER Á HOY, por D. Enrique Ulloa.—EPIGRAMA, por D. A. de Q.—REVISTA DE TEATROS, por D. Manuel de la Revilla.

LA CRÍTICA.

Vamos á ocuparnos de un asunto de importancia por lo mismo que la época actual es esencialmente una época de crítica. De crítica se ocupa todos los días el periodismo; para ejercerla hay fundadas innumerables Academias; sobre crítica son casi todas las obras que se escriben en Europa. Tal vez por esto mismo anda decaída la literatura de nuestros tiempos; pues sabido es que ninguna de las grandes épocas de crítica ha sido gran época de inspiración y de genio: las letras, partidarias sin duda del libre-cambio en el pensamiento (para hablar en el lenguaje de los economistas) parece que huyen asustadas en el momento en que las Academias les brindan su protección: buen ejemplo tenemos de ello en el período crítico de los Tolomeos; no menos concluyente es también el de los Médicis en Florencia; pero quizá los supera á todos el ejemplo de nuestros días. En todos estos casos, en que pesa sobre las letras la opresora influencia de los reguladores y preceptistas, es cuando nacen esas literaturas artificiales, parecidas á las flores de invernadero, que se nos presentan débiles, sin color y sin aroma, por mas que

hayamos agotado los recursos de arte para darles las propiedades que no les dá la naturaleza. « Al genio debe dejársele libre, dice Madama Staël: no deben dársele consejos puramente literarios. » Debería decirse á los poetas:—Sed virtuosos, sed creyentes, sed libres, respetad lo que amais, buscad la inmortalidad en el amor y la Divinidad en la naturaleza. En fin, santificad vuestra alma como un templo, y el ángel de los nobles pensamientos no se desdeñará de aparecer en él.

Pero dejemos á un lado la cuestion de lo que puede significar la crítica en una época determinada, y veamos cuáles son las condiciones que ha de reunir para llenar su mision y merecer el nombre que se le asigna. Al llegar á este punto no podemos menos de escluir de la clase de verdadera crítica á dos especies de ella; una, la que se hace por los periódicos de nuestra patria, en donde la pasión política unas veces, la ignorancia otras, la envidia muchas, la ligereza siempre, guian la pluma de nuestros articulistas, y así salen esos juicios irreflexivos, de los que puede decirse que ensalzan cuando vituperan y rebajan cuando elogian. Y la otra, mas rastrera todavía, es la que se hace en las mesas de los cafés, de la cual no descenderíamos á ocuparnos, pues no merece ninguna seria atención, si no supiésemos lo que influye muchas veces en la opinion pública una especie cualquiera vertida en esos círculos de donde pasa á otros sin exámen, concluyendo por formar su atmósfera, bien prodigando un elogio inmerecido ó bien censurando una falta que no existe.

Al rededor de la mesa de un café veis sentados á varios jóvenes generalmente de

aquellos á quienes Cadalso llamaba *eruditos á la violeta*, que con la mayor osadía y creyéndose severos Aristarcos, lo mismo censuran y vituperan de la manera mas enfática un pobre romance de un poetaastro, que la mas acabada obra de un autor de reputacion universal.

Alli los veis, no inclinados á buscar bellezas en la produccion que es entonces objeto de pasatiempo, no siquiera imparciales al juzgarlas; sino antes con afan de hallar defectos y vociferarlos entre sarcasmos y burlas, lenguaje que sienta bien á la ignorancia; sin considerar que si la obra es de esas que tienen el fallo favorable de los siglos, ellos, criticos imberbes, deben callar y respetarla, porque son demasiado pequeños para llegar á su altura; y si por el contrario es producto de las vigilias de algun jóven principiante, tambien deben mirarla con respeto, nunca con burla, pues ellos se encuentran en el mismo caso, y tal vez si cogieran la pluma no serian capaces de producir otra cosa semejante si no antes peor que aquella que vituperan; y de seguro pondrian el grito en el cielo al saber que otras personas hacian con ellos lo mismo que ellos hacen respecto de los demas. Á estos imberbes y osados criticos de café les cuadra perfectamente el *odi profanum vulgus* del poeta, ó tambien pudiera decirseles (para hablarles en castellano por si el latin no le entienden) aquel epigrama de Moratin:

Tu crítica majadera
De los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera;
Mas pesadumbre tuviera
Si te gustaran á tí.

Ó aquello otro:

Pobre Geroncio, á mí ver
Tu locura es singular:
¿Quién te mete á censurar
Lo que no sabes leer?

(Se continuará).

ADOLFO GARCÍA.

EL NAUFRAGO.

(FRAGMENTO DE UNA CANCION.)

.....
¡Una ola mas! ¡justo cielo!
envuelta en su torva saña
cual espumosa montaña
me la arroja Satanás!
Vagando entre mil abismos
mi cuerpo helado se lanza.
¡Esta tabla es mi esperanza!
¡qué no la suelte jamás!

¡Una ola mas! ¡ya se acerca!
y va flotando mi vida
por el espacio perdida
de negro piélagos en pos.
¡Ludibrio del mar altivo,
humilde esclavo del viento!
¡Si mi desgarrado acento
alguien oyera, gran Dios!

Pero mis gritos se embotan
y mi voz desesperada
sorberá la tumba helada
que en torno brama de mí.
¡Estoy solo! allá en el mundo
séres me llaman queridos:
¡Ay! sus acentos perdidos
oigo retumbar aquí!

¡Socorro! grito angustiado,
y á mi fúnebre quejido
responde ronco bramido,
hondo sarcasmo del mar.
Y al lanzarse mi mirada
con delirio en lontananza,
avanza una onda, avanza
mi mirada á sepultar.

¡Madre, adios! la que en mi infancia
me alzó los ojos al cielo,
el ángel de mi consuelo,
la que mi cuna meció,
cuando en la noche sombría
oscile ante tí callada
imagen triste y velada,
¡esa imagen seré yo!

¡Madre! al hijo de tu vida
no hallarán tus yertos brazos,
ni al calor de tus abrazos
con la dicha soñaré.
Lágrimas tristes vertiendo
te diviso en mi agonía;
¡y al llorar tú, madre mia,
tu llanto no enjugaré!

¡Mi esposa! ¡Mi dulce sueño!
tambien tu llanto contemplo
que tengo erigido en templo
á tu amor todo mi ser.
¡Recibe mi adios postrero!
¡ay! cuando triste sucumba
no hallarás mi pobre tumba
dó tus lágrimas verter.

¡Un buque! ¡Si al fin me oyera!
Sobre esta tabla flotante
me alzo ansioso, vacilante:
¡Socorro, por compasion!
¡ya se esconde! ¡no! ¡se acerca!
¡me vió quizá! ¡estoy salvado!
¡cielos! ¡vuela hácia otro lado!
¡ya se ocultó! ¡maldicion!

Tiernas delicias soñaba,
flores que deshoja el viento;
que en este mar turbulento
mi porvenir está ya.
Sí: que al flotar moribundo
por sus líquidas regiones
banquete á los tiburones
mi pobre cuerpo dará.

Ángeles de mis amores,
mundo dó feliz soñaba
ilusiones que forjaba,
adios.... me arrebató el mar.
¡No hay esperanza! las olas
se agitan roncadas, deshechas;
pronto podrán satisfechas
mi cadáver sepultar.

Pierden la fuerza mis manos
crispo los dedos ansioso,
y al abismo tenebroso,
mi cuerpo me empuja ya.
¡No puedo mas! ¡un esfuerzo
es tan horrible la muerte!
¡Socorro! ¡irá por mi suerte
mi voz al mundo quizá!....

¡Horror! ¡la miro!... ¡me toca!
¡Mis venas hiela su frio!
¡Piedad! ¡salvadme, Dios mio!
que sois mi esperanza vos.
¡Dios calla! ¡silencio horrible!
¡yo muero! ¡dadme una mano!
¡¡Solté la tabla!! ¡es en vano!
¡¡mundo para siempre adios!!!

EMILIO NIETO.

MI PORVENIR Y YO.

Un día dijo mi alma á mi cuerpo:

—Despierta, haragan; debemos apresurar la marcha porque vamos muy despacio.

—¿A dónde bueno, mi ama? ¿Ocurre alguna novedad? contestó mi cuerpo desperezándose.

—Sí; ocurre la novedad de que me canso de andar poco.—Para nosotras no se han inventado sin duda los ferro-carriles.

—¿Qué cosas tiene V., señora!—¿Cansarse de andar poco cuando á mí me gusta tanto no andar nada!

—¿Cómo! ¿osarás oponerte á mis resoluciones?

—El Señor me libre, amen. De carne y hueso me ha hecho Dios para servir á V.... Si pudiéramos, una vez siquiera desde que andamos juntos, conciliar nuestros intereses.... veamos; me ocurre una idea.

—¿Desde cuándo se permiten los cuerpos tener ideas?

—¿Canastos! ¿han de ejercer VV. siempre el monopolio?—Déjeme desembuchar y despues hará las observaciones que le plazca.

—Desembucha.

—Mi idea es que V. se vaya paso á paso á donde tenga por conveniente, acompañada del caballero tiempo, que no deja de acompañar á nadie, y yo me quede muy sosegadito tumbado en la cama de mis años, porque, francamente, no me gustan las galanterías de ese señor tiempo.

—Hola, caballero, ¿me propone V. una separacion? ¿Se me quiere V. declarar independiente?

—Yo, señora....

—Silencio, desventurado, gritó el alma con acento lúgubre; ¿sabes á dónde te conduciría la realizacion de semejante proyecto?

—¡Ah! sí; tiene V. razon; no habia dado en ello, contestó el cuerpo cayendo de su burro.

Yo que habia escuchado esta conversacion sin darme por entendido y que habia temblado al oír las proposiciones *separatistas* de mi cuerpo, recobré completamente la tranquilidad merced á la negativa de mi alma.

Dí á esta las gracias con un buen apretón de manos, y á mi vez tomé la palabra con toda la dignidad de mi carácter.

—Señor cuerpo, dije; tendrá V. la bondad de obedecer puntualmente las órdenes de mi alma. De lo contrario me veré en la precision de no satisfacer los gustos de V., y entonces quien mas pierda que se queje.

—Sí, pues como yo dé en enflaquecer, murmuró mi cuerpo algo mohino.

—Esa amenaza es estúpida. A ver, pruebe V. á ponerse mas flaco de lo que está.

Convencióse mi cuerpo de que era inútil toda resistencia y se preparó á seguir el camino que quisiéramos indicarle mi alma y yo.

Advirtamos de paso que mi alma, mi cuerpo y yo, somos tres personas distintas y un solo hombre verdadero.

Todos tres nos pusimos en marcha montando en el corcel de la *ilusion*, impulsados por el viento de la *esperanza*, y arrastrados por la locomotora de *los deseos*.

Con esta gentecilla cualquiera se puede figurar el paso que llevaríamos.

Baste decir que en menos que canta un gallo nos plantamos en la region que llaman de la *Juventud*, donde todo era risueño y bullicioso, mas bullicioso que risueño, merced á la reina que gobernaba aquel pais, la cual, si no me es infiel la memoria, llevaba por nombre *Intranquilidad*.

Allí no hicimos mas que almorzar, porque estaba prohibido permanecer largo tiempo.

Harto lo sentia mi malandante cuerpo que habia sido tratado en aquellos lugares como persona régia y se encontraba á las mil maravillas.

Apesadumbrado y todo, no tuvo mas remedio que tomar el *tole* en nuestra compañía y galopar como alma que lleva el diablo.

Para desahogar su cólera soltó al aire la sin hueso y exclamó, tratándolo inútilmente de contener la carrera del corcel:

—¿Pero se puede saber á dónde demonios vamos con este trote que me tiene zarandeado y molido mas que pelota en manos de un muchacho?

—A mí nada me duele, hermano; respondió mi alma; y sepa pues lo desea saber, que vamos en busca del *Porvenir*.

—¿Y quién es el señor *Porvenir*? ¡Tengo unas ganas de cojerlo para atizarle cinco ó seis mogicones por los malos ratos que me hace pasar!...

—Cállese el sucio *materialista* y respete á los que valen mas que él.

—Vamos, doncella *espiritual*, no me tiene usted la paciencia porque está buena la masa para hacer tortas.

Fatigado de sus interminables cuestiones y temeroso de que vinieran á las manos por cualquiera de sus tonterías resolví meterlos en caja, prohibiéndoles hablar de allí en adelante, reservándome yo exclusivamente esta facultad.

Así, pues, tomé las riendas del vigoroso corcel, y abandonándome en brazos de los mas dulces sueños de la vida, el amor, la amistad, la gloria, me lancé por la senda que el destino me marcaba y corrí afanoso á buscar mi porvenir.

Volaba delirante dejando tras de mí bellísimos

paisés, como los cuadros de un panorama que cruzan rápidamente ante los ojos del asombrado espectador.

Valles donde se gozaba de una primavera eterna, colinas con verdes mantos de musgo salpicadas de flores silvestres, cuyas corolas eran blandamente movidas por las frescas brisas de la montaña, bosques frondosos en donde la naturaleza virgen se mostraba en toda su robustez y energía, todo pasaba por delante de mí como los fantasmas encantadores de un sueño de amor.

De pronto una luz que brillaba en el lejano horizonte vino á herir débilmente mi vista.

Era la luz de mi porvenir.

Dirigí hácia allá mi corcel con la velocidad del rayo, y agujoneado por la esperanza pude acercarme á aquella luz que era el objeto de todos mis afanes.

Observé que la llevaba un ángel de aspecto sombrío cubierto con una túnica negra.

Entonces me vino á la memoria que muchas veces habia oido yo asegurar que el porvenir solia ser oscuro.

Quise alcanzarle, pero el ángel comenzó á andar con la misma rapidez que yo, guardando siempre entre los dos una distancia igual.

—¿A dónde me guías? le grité.

—Sígueme, oí que me contestó.

Obedecíle con la ceguedad del que ha llegado á entrever lo que busca, y continué mi carrera tras la luz del porvenir que alumbraba mi camino.

Ya íbamos trasponiendo la region de las *Ilusiones* y acercándonos á la de los *Desengaños* cuando entre mi guia, y yo se interpuso una mujer.

Era la realizacion de mi ideal.

Era aquella á quien yo debia entregar mi corazon y dedicar mi existencia.

Sus dulcísimos ojos azules hablaron á mi alma, y mi alma le contestó con un suspiro de amor.

¡Oh amada mia! bendita seas; tú eres la felicidad que yo soñé.—Vivamos; la vida nos sonríe.

Y embriagado por tanta dicha dije á mi porvenir:

—Basta; detengámonos aquí donde reina la ventura.

—Sígueme, repuso implacable mi porvenir.

É impulsado entonces por la fuerza del *Tiempo*, le seguí, abandonando la region de las *Ilusiones* para penetrar en la de los *Desengaños*.

A medida que me internaba en aquel pais, sentia helárseme por grados el corazon.

El frio de la *Realidad* atravesaba mis huesos. ¡Pobre cuerpo mio! ya no desplegaba sus labios; ¡los padecimientos le habian robado hasta la energía para quejarse!

Mi alma había agotado su vitalidad en las regiones que atrás quedaban y un profundo pesar la traía melancólica y triste.

Yo seguía corriendo tras mi porvenir.

A poco llegué á notar que mis cabellos comenzaban á encanecer.

Mis piernas temblaban.

El miedo de la vejez paralizaba la sangre en mis venas.

—¡Basta! ¡basta! volví á gritar á mi porvenir.

—Aun no, contestó; demos algunos pasos mas.

Y seguimos atravesando bosques y valles, y colinas y paisajes.

¡Pero todo árido, todo triste!

Al fin cesó la carrera.

Mi porvenir estaba á mi lado.

—¡Hé aquí! dijo. Y me indicó en el suelo una pequeña fosa.

—¿En dónde están los encantos, la felicidad que yo buscaba en tí? le pregunté desconsolado.

—Todo en esta fosa, me respondió; es lo único que puedo ofrecerte.

—¡Lo único!

—Sí, el sepulcro; lo que ofrezco á todo el mundo.—¿Habías tú de ser una escepcion en el género humano?

VALENTIN GOMEZ Y GOMEZ.

LA VIRGEN DE LOS AMORES.

FANTASÍA

POR

EMILIO NIETO.

(CONTINUACION).

¡Y por qué vaga solitaria, á la hora del crepúsculo de la tarde, semejante á una tierna willis con su blanco vestido que se mece con las auras?

¡María! ¡María!...

¡Miradla! ¡qué bella es!...

¡Niña! tus ojos son azules como mis sueños, como la bruma que envuelve la casa de sus padres para el hijo pródigo que torna á su seno, como la imágen que ve entre las sombras un alma apasionada, azul como el incienso que se eleva en los altares, como el cielo, como el manto de María, tu virginal protectora. ¡Benditos sean!

Ellos miran con una expresion singular. ¡Cuando se fijan en un ser hacen pensar en tantas cosas! ¡En los ángeles, en la gloria, en el paraíso, en las ilusiones inocentes y cándidas, *en el amor!*

Y esos dos lueeros colocados en un cutis finí-

simo, terso, trasparente, al través del cual se ven correr los hilos misteriosos de la vida, están coronados por una frente pura, nacarada; santo libro, cuyas hojas son todas límpidas, sin que surque una arruga su superficie, leyéndose solamente dos palabras divinas entrecruzadas: *inocencia y amor.*

Tus rubios cabellos destrenzados juguetean ondulantes sobre tu alabastrina espalda.

Y tus pies se mueven suavemente sobre el suelo. Parece que entre ellos y el mundo hay una nube interpuesta sirviéndote de alfombra, para que no puedas mancharte con el cieno de la tierra.

¡Niña! Tus labios de carmin se entreabren asomando en ellos una palabra precedida de un suspiro.

¿Qué dijiste? Tu acento se ha embotado en el espacio ó quizá se ha elevado hasta el cielo. Nada se oye.

¡María! ¡virgen inocente! ¿qué murmuras temblorosa? ¿es una esperanza? ¿es un recuerdo?

La niña alza su rostro y mira en derredor.

Enfrente de ella brama el mar con violencia; á su derecha una tórtola despidе el día con sus arrullos melancólicos.

María tuerce hácia este lado y se dirige á la *hondonada de las perlas.*

IV.

Llega y se sienta al pie de un saúce oculta y coronada por sus ramas que se bajan lánguidamente hácia la tierra.

¿Qué triste es este árbol! ¿no es cierto que las plantas lloran y rien como los hombres?

¡Oh! Sí: parece que en el reino vegetal hay seres nacidos para compendiar en sí el espíritu melancólico como hay *párias* malditos en la sociedad humana. También allí hay sus gerarquías, sus clases, sus desigualdades deplorables; comparad sino el ciprés con la rosa, la azucena y el heliotropo, el cardo y la sensitiva.

Ella está triste.

¿Por qué baja su frente si no hay ninguna mancha que la oscurezca?

¡Manso cordero que ofrece su cuello al hacha inflexible del destino! ¡María está herida en el cuerpo y en el alma! ¡infeliz!

¡La casa que se desploma es digna de su dueño moribundo que desaparece! ¡El uno para el otro!

Un cuerpo enfermo, un alma que se agosta; y ambos juntos, un ser, cuyas blancas alas comienzan á destacar sus contornos, sobre un fondo oscuro, sobre la perpétua noche de la vida.

¡Ella llora! Esa lágrima elaborada penosa-

mente en sus párpados encierra toda una epopeya de sentimientos y de esperanzas.

¡María está tísica!

¡Tísica! nombre que estremece; acercarse á una tísica, se piensa, es como vestir la túnica de Deyanira.

¡Tísica! nombre sublime sin embargo; porque, ¡oh gran ley de las compensaciones! esos pobres seres, lirios tronchados por el vendabal, destinados á perecer en la flor de su vida, pasan en cambio su existencia mas de prisa, con una especie de exaltacion febril, calenturientos, ganando en intensidad lo que pierden en estension.

Y eso seria muy justo, si la dicha se cifrase en la existencia. Pero ¡quién sabe!

De todos modos, compadezcamos y respetemos á los tísicos porque son almas desterradas.

¡Pobre María! Ella ignoraba su enfermedad; solo notaba que el aire que respiraba le era molesto, que el mundo todo la producía desagradables sensaciones.

Y lloraba.

Y con un instinto poderoso se llevaba las manos al corazón, queriendo encontrar en aquel foco de luz y de fuego todo su mal.

Es cierto que tambien de allí provenía su desgracia, y quizá mas que de su cuerpo.

Porque María, que no habia salido de aquellos contornos, que no habia hallado ningun alma que la comprendiese, que sintiera con ella, que fuese el centro de su vida, que *no habia amado* nunca, en fin, sentía dentro de sí algo que hervía consumiéndola espantosamente, dejándola agostarse como se agosta una flor sin sol y sin rocío.

Sin saber por qué ansiaba una cosa; buscaba una dicha desconocida, vivía para mañana, y la enfermedad de su cuerpo no la inquietaba, sirviendo solamente para darle un fondo, aun mayor de sensibilidad y melancolía.

¡Y sufría tanto la desgraciada al verse sola!

¡Pobre María!

V.

Cuando la sonrisa infantil se posaba aun en los labios de María, cuando aun ignoraba lo que significa una lágrima, la tierna niña perdió á su madre.

¡A su madre!

¡Era natural! Cuando el sol quiere quemar una flor, comienza por arrancar al huracan una ráfaga de viento para tronchar la encina añosa que la dá sombra. Cuando es nuestro destino sufrir, el génio del mal antes de herirnos se ocupa en destruir todo lo que en nuestro torno puede darnos consuelo y proteccion.

María, pues, estaba sola cuando se encontró la desgracia frente á frente.

Tenia padre, es cierto; pero este, de génio duro, brutal, casi indiferente, no comprendía la sublime espresion del silencio: «¡Es dichosa pensaba; no se queja.» Y no volvía á ocuparse de su hija.

Así, la pobre niña encerraba dentro de sí misma sus emociones.

Es tan horroroso sentir en el fondo del alma una fuerza poderosa que dice á nuestro corazón: «Ama, espárcete, vive, enlaza con otras tu existencia, aspira la savia que te presten.» Y al tender inocente la vista por el mundo, al aventurar el primer paso en la senda del sentimiento, no hallar mas que desolacion, frialdad, indiferencia, desden, nada; oír otra voz, que cual eco de la primera, nos repite con acento sepulcral: «Infeliz corazón, vuelve á tu cárcel; llora, gime, sufre, no te entendemos; ¿qué buscas si no locura? ¿qué quieres si no mentiras? ¡maldito, maldito!»

Pero María soñaba aun.

Ella que no habia podido amar á su madre, porque apenas la habia conocido, ella que tenia siempre delante un padre que no la pedía ni un átomo de su amor; ella que no habia encontrado su ser predestinado le esperaba con ansia.

Y para él guardaba todo el tesoro virgen de sus sentimientos.

Por eso, aunque sola, estaba siempre acompañada de su imagen.

Sentada en la *hondonada de las perlas*, debajo del sáuce, como hemos dicho, contemplaba absorta el tallo de la rosa que tenia aun entre sus manos despues de haberla arrancado todas sus hojas una por una.

Y desde aquel seco fragmento pasaba la vista á su corazón, pensaba en sí misma.

Y la pobre niña lloraba sin saber por qué.

¡Hay tanta semejanza entre la flor deshojada y el capullo seco antes de abrirse!

Sus ojos por fin se entornaron.

Parecía que una lágrima habia sellado sus párpados.

Y entonces sintió esa especie de deslumbramiento con que el corazón compensa la luz del día cuando le evocamos en medio de las tinieblas.

Es que el sol de su espíritu brillaba.

Y al dulce fulgor de aquellos rayos, cual si se columpiare en su luz, vió la niña acercarse un mancebo lentamente.

Negros eran sus cabellos como sus ojos, que en aquel espacio diáfano brillaban con la sublime espresion de la sombra.

Sonriendo, se acercaba con rapidez con los brazos estendidos.

(Se continuará.)

ROMANCE HISTÓRICO.

(Imitación del Romancero).

En son de júbilo y gloria,
 Con valerosa arrogancia,
 El pensamiento en las lides,
 En las manos las espadas,
 Cubierto de hierro el rostro,
 Y el pecho de la coraza,
 Ostentando los plumajes
 De amor y de gloria gala,
 Allá van los paladines
 Á conquistar á Granada.
 Á lomo de los corceles
 De española sangre y raza,
 Los valientes pelotones
 Puestos en son de batalla,
 En los balcones los ojos
 Donde se ostentan sus damas,
 Amorosa despedida
 Y muda se dan sus almas;
 Allá van los paladines
 A conquistar á Granada.
 El rostro hermoso cubierto
 De bella púrpura y grana
 Marcha Isabel la primera
 Al frente de las escuadras
 Sobre un poderoso overo
 Que el freno en espuma baña
 Y por ostentar sus dotes
 Se encabrita ufano y salta
 Allá van los paladines
 Á conquistar á Granada.
 Á su lado el rey Fernando
 Mesurado y grave marcha
 Ostentando la armadura
 Pintoresca y adornada;
 Detrás muchos caballeros
 De lo mas noble de España
 En Granada el pensamiento
 Y en Dios puesta la esperanza
 Allá van los paladines
 Á conquistar á Granada.

PEDRO AVIAL.

DE AYER Á HOY.

AYER.

Era Adelaida encantadora, pura:
 cual flor de primavera
 pasó lozana en sin igual ventura
 su juventud primera.
 ¡Dichosa niña!
 Cónservate del mundo
 tan escondida!

Oyó hablar de placeres cierto día
 y con ardor profundo
 —Siendo bella, exclamó, feliz sería;
 ¡Yo quiero ver el mundo!
 ¡Ay mucho temo
 que tu aroma te robe
 traidor el viento!

HOY.

Mirad su palidez, su aspecto triste;
 ¡ay! su loca imprudencia
 marchitó con las perlas que se viste
 la flor de su inocencia.
 De ayer querido
 la separa insondable
 todo un abismo.

ENRIQUE ULLOA.

EPIGRAMA.

Á SEVERINA.

Diz te casas con un tuerto;
 qué desgracia tan cruel,
 ¡la del pobre que se casa
 sin ver bien á su mujer!

A. DE Q. Y G.

REVISTA DE TEATROS.

En el teatro del Circo se ha representado con buen éxito un drama en cuatro actos y en prosa, original del señor don José María Diaz, y titulado: *Virtud y libertinaje*. Este drama fué prohibido por la censura y permitido despues, no sabemos si con correcciones ó sin ellas. Naturalmente el público fué al teatro con la firme persuasion de que un drama que de tal modo habia escitado las iras del censor, debia ser una escuela de libertinaje y escándalo, una cátedra de ateismo, ó una leccion de socialismo y de anarquía. Nada de eso; el público se encontró con un drama de un fin nada inmoral, muy bien escrito y muy bien desempeñado; y aplaudió y llamó al autor, saliendo sin explicarse la prohibicion del censor.

La simple narracion del argumento del drama bastará para que juzguen nues-

tros lectores de lo fundado de semejante disposicion.

Enrique, jóven de buena posicion, rico, libertino y altanero, está enamorado por la primera vez en su vida de una linda viuda llamada Leoncia. Proteje y ama esta como á una hija á la huérfana Elvira, objeto reciente de una de las mas infames aventuras de Enrique, ocurrida en Valencia, poco tiempo antes de empezarse la accion. Preparado ya el casamiento de Leoncia, viene á despedirse de ella para siempre, Alvaro, hermano de Elvira, distinguido publicista, liberal, de nobles y elevados sentimientos, que guarda oculto en lo íntimo de su corazon, el desgraciado amor que á Leoncia profesa. Declárase al despedirse á esta, que le oye con benevolencia y profundo sentimiento, á tiempo que llega Enrique, quién en ausencia de Leoncia, refiere á Alvaro y á Protasio, hermano de Leoncia, su escandalosa aventura con Elvira, aunque sin decir su nombre. Llega en esto de Valencia la infortunada jóven y al reconocer á su seductor cae desmayada. Entonces Alvaro desesperado jura darle muerte. Leoncia, deseosa de ocultar la deshonor de su hija adoptiva, y al mismo tiempo de salvar la vida de su amado, consigue de Alvaro que suspenda un dia su duelo, obligándole de este modo á soportar las insolencias de su ofensor. Este, sin embargo, no se arrepiente de su accion, y añadiendo la injuria á la deshonor, trata de dotar á Elvira y casarla con Cristóbal, hipócrita infame, que acepta este negocio sin escrupulo ninguno. Pero nada de esto se realiza; Leoncia, que en una magnífica escena (quizá la mejor de la obra) ha arrojado de su casa á Enrique, sacrifica su pasion en aras de la felicidad de su protegida, y casándose con Alvaro, obliga á Enrique á hacer lo propio con Elvira. Resístese el libertino que amaba verdaderamente á Leoncia, pero al oír de boca de esta que la infeliz jóven se halla en cinta, obedece la voz del deber y se casa con ella, terminando de este modo la obra.

Digannos ahora francamente nuestros lectores, si han encontrado en este argu-

mento la profunda inmoralidad, la impiedad volteriana, la anarquía revolucionaria, que dieron márgen á la prohibicion del censor, y al escándalo de ciertas gentes. Nuestros lectores dirán con nosotros que el argumento no tiene nada de particular, que nada hay digno de censura.

Por lo demas, los caractéres están bien sostenidos y desenvueltos, las situaciones son de mucho efecto, el diálogo correcto y animado; los chistes de buena ley en general; las alusiones politicas picantes y felicisimas, las punzantes burlas contra ciertas clases de la sociedad, oportunas é intencionadas.

Del desempeño nada tenemos que decir. Teodora está inimitable en su papel, así como Arjona y Osorio. La señorita Hijosa y los señores Miguel y Benetti, desempeñan bien los suyos, contribuyendo á constituir un buen conjunto.

En el teatro de la Zarzuela se han vuelto á poner en escena *Un tesoro escondido*, del señor Vega, y *Las hijas de Eva*, feliz ensayo en este género del señor Larra, y en el Circo aun resuenan los aplausos arrancados por las conmovedoras situaciones y bellisimos pensamientos del drama del señor Arce *Deudas de la honra*.

En el número próximo hablaremos de *Don Juan de Serrallonga*, representado en Novedades.

MANUEL DE LA REVILLA.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias que no hayan remitido el importe de su suscripcion para fin del presente mes, dejarán de ser considerados como tales.

El secretario de la Redaccion, A. de Q. y GUEDEA.

Editor responsable, FELIPE LASARTE.

IMPRESA DE C. MOLINER Y COMPAÑÍA, Cervantes, 47, pral.